LIBERTAD ¿AUTO? VIGILADA

Jesús Campos García

Que las opiniones o las emociones deberían poder expresarse libremente es algo tan obvio que sorprende encontrar a quienes aún sostienen lo contrario. No obstante, si repasamos la distinta aplicación de esta obviedad a lo largo de las diferentes circunstancias de la historia, el resultado pasa de sorprendente a demoledor. Y es que no hay organización social que no se jerarquice, ni poder que no se defienda de las expresiones, razonadas (pensamiento) o emocionadas (arte), que puedan atentar contra sus privilegios, sus intereses o su visión del mundo. Defensa que se manifiesta en distinto grado y de distinto modo, dependiendo del sistema político, aunque, eso sí, ininterrumpidamente, pues todo poder mantiene siempre activo un sistema inmunológico frente a la crítica.

Así, en autocracia, acorde con su carácter impositivo, el control se ejerce con violencia —prohibición, persecución, deportación, encarcelamiento y muerte serían los grados—, mientras que en democracia, al tratarse de poderes propositivos, el modo, con independencia del grado, es más complejo; también más sutil, por lo diverso, lo que no debe llevarnos a la visión idílica de que no existen mecanismos de preservación.

Una sociedad democrática no es una sociedad clónica —ni lo pretende—, sino diversa: con múltiples poderes, múltiples privilegios, múltiples intereses, múltiples visiones del mundo y una sola coincidencia, el deseo de convivir ordenadamente asumiendo su multiplicidad; de ahí que, derogada la facultad de prohibir, surjan tensiones entre los distintos grupos políticos, religiosos, raciales, generacionales, mediáticos, gremiales y, cómo no, económicos, que defienden sus posiciones favoreciendo y exaltando lo afín o dificultando lo contrario mediante presión, boicot o ninguneo. Un sistema de estímulos y frenos que actúan simultáneamente sobre todos y cada uno de los agentes que constituyen la «masa crítica».

(Expresión acuñada por la física nuclear y hoy muy en boga, no sólo por ser el nombre que utilizan innumerables grupos de ciclistas de todo el mundo para reivindicar, pedaleando, cuestiones ecológicas —que también—, sino, sobre todo, en lo que nos atañe, porque está siendo enarbolada como bandera del nuevo horizonte político —lo que no deja de ser un consuelo—, y es esa utilización del término físico lo que me da pie para establecer un símil entre isótopos y creadores que me gustaría someter a reflexión).

Toda actitud crítica es un potencial energético capaz de generar una reacción en cadena, cuyas consecuencias variarán dependiendo de las condiciones en que ésta se desencadene. Así, para que la reacción se produzca bajo control, tal como ocurre en las centrales nucleares, es preciso que la materia fisionable (la sociedad, en nuestro caso) sea inferior a la masa crítica, pues de lo contrario se produciría la explosión nuclear —el hundimiento del sistema—. Y no acaba aquí el símil, pues para controlar la reacción, las centrales se dotan de «barras de control», «moderador o diluyente» y «refrigerante». Todo un lujo de paralelismos.

Al igual que en los reactores nucleares, toda sociedad democrática que quiera procesar ordenadamente la energía que generan sus creadores debe situar la «masa crítica» por encima de la materia combustible —menos sociedad que discursos, menos espectadores que espectáculos, etc.— Hay, pues, que propiciar la polución cultural, que ya se encargarán las «barras de control» de absorber los neutrones no deseados —los comités de lectura, los jurados de premios, las comisiones de ayudas, los programadores… son el cadmio y el boro de nuestras «barras de control»—. Igualmente necesario para la regulación del proceso es el «moderador o diluyente» (agua pesada, grafito, etc.): sustancia en la que se sumergen los isótopos para que retarde la reacción, aun a costa de disminuir la capacidad energética. En lo que nos ocupa, actuaría como «moderador» el corpus de opiniones admisibles dentro de lo artísticamente correcto; pensadores y creadores están inmersos en un sistema de valores, conocen el techo y el suelo, saben hasta dónde se puede llegar en aras de la convivencia, tanto si estás a favor como si estás en contra del tema a tratar (droga, incesto, violencia, racismo, corrupción, homosexualidad, religión, propiedad, etc., son cuestiones con distinto ancho de banda, pero con límites muy concretos). Cierto que hay discursos que escapan a este dispositivo de autocensura, pero para eso están las «barras de control», para absorberlos. Y si accidentalmente se produjera una fuga radiactiva —la expresión marginal—, siempre quedan los bomberos o los juzgados.

Siguiendo con el símil, la energía liberada en el proceso es extraída por un fluido «refrigerante» —las leyes del mercado ejercerán aquí nuevas transformaciones— que la convertirá en energía consumible. La soledad, la rabia, la amargura, la impotencia, el sarcasmo, el grito de aquel neutrón que formaba parte de la «masa crítica» se ha transformado en un bien de mercado de las empresas culturales.

Si algo tranquiliza es saber que todo esto ocurre para preservar un bien común. (El significado de bien común en una democracia economicista es otra cuestión). Pero lo cierto es que, al igual que la autocracia defiende su sistema por defecto, al impedir la crítica con el procedimiento que le es más afín, la violencia; la democracia se preserva de la crítica fomentándola, por exceso, en virtud del más emblemático de sus valores: la libertad. ■